172

La obra de desazolve del morresento inmensas dificultades que estudiaremos en agar oportano.

La ciudad se vió tibre de fango y de la mayor parte de los escombros, que aun hoy continúan acarreándose de las casas demotidas.



Una gratificación á los zapadores.

Cuando concluyeron las obras que hemos reseñado, el Batallón de Zapadores tuvo que regresar á México después de cumplir su tarea. Había logrado atraerse la simpatía y la gratitud del pueblo guanajuatense por los importantes y oportunos servicios que á la ciudad prestó.

Próximo dicho Batallón á partir, el Gobierno dispuso darle cierta suma por vía de gratificación, que según consta en la siguiente orden ascendió á \$5,044.

Secretaría del Gobierno del Estado.— Guanajuato.—Sección de Gobernación.—Con referencia á la nota que dirigí á Ud. con esta fecha, tengo la honra de manifestarle que el Gobierno ha tenido á bien acordar que se aumente á \$5,044 la cantidad de \$3,000 que se mandó distribuir entre los Jefes, oficialidad, clases y tropa del Batallón de Zapadores, como mues-

tra de gratitud del pueblo de Guanajuato, por sus importantes servicios durante su estancia en esta Capital.

Lo que tengo la honra de comunicar á Ud. para los efectos correspondientes, agregando que la diferencia de \$2,044 la reportará la partida de «Gastos de Gobernación.»

Protesto á Ud. las seguridades de mi atenta consideración.

Libertad y Constitución. Guanajuato, 5 de Agosto de 1905.—. Nicéforo Guerrero.— Al C. Admor. General de Rentas.—Presente.

El acto en que se entregó la cantidad fué conmovedor. El Teniente Coronel del Cuerpo se rehusaba á recibirla, diciendo que él no debía admitir un dinero que podía tener mejor empleo en el socorro de las víctimas.

Se le contestó que esa cantidad provenía de los fondos particulares del Estado, y que Guanajuato, bien conocido por su generosidad y desprendimiento, aun en circunstancias críticas, reconocía su obligación de dar una muestra de gratitud á los que, como el Batallón de Zapadores, le prestaban señalados servicios.

Se cambiaron palabras de efusión y simpatía y la suma se distribuyó proporcionalmente á los grados, y así los humildes soldados rasos pudieron llevar á sus familias un recuerdo ó un obsequio de la ciudad inundada.

LOS PRIMEROS SOCORROS

Ocupémonos ahora de la manera como fueron atendidas las demás necesidades inmediatas, como eran la escasez de víveres y socorro de los necesitados. Dejamos ya dicho, por ser un hecho rigurosamente verídico, que las mercancías alcanzaron en los días siguientes á la inundación precios excesivos, que hacían temer, sin la importación rápida de artículos de primera necesidad, una nueva plaga.

Se evitó el peligro de la siguiente manera:

Por orden del Gobierno se compraron algunas cantidades de cereales, como maiz, frijol, etc., de los cuales una parte se repartió gratuitamente y la otra se vendió á precio bajo á los expendios, para que á su vez éstos no tuvieran necesidad de encarecer sus mercancías.

La acción del Gobierno en este sentido no tuvo necesidad de ser persistente, por varias razones: tan luego como de los municipios cercanos á la Capital se enteraron de la escasez de comestibles, se remitieron en gran cantidad por vía de donativo; como las comunicaciones por caminos carreteros casi no sufrieron, se pudo por ellos restablecer prontamente el tráfico, de modo que por estos medios expontáneos pudo prontamente alejarse todo peligro de carestía de alimentos para el consumo de la poblacióá.

Aquí creemos oportuno hacer algunas reflexiones.

La inundación de Guanajuato no revistió el carácter que otras catástrofes análogas han revestido, como la de León, por ejemplo, en que la clase social más perjudicada fué la clase proletaria.

Por la disposición topográfica de esta ciudad las aguas tuvieron que invadir única y exclusivamente las calles céntricas, situadas á nivel más bajo y edificadas en ambas márgenes del río. Casi en ellas se concentra el comercio, la industria y la vida de la población, de modo que los barrios altos, colocados todos ellos fuera de la zona inundable, y habitados por las llamadas clases inferiores, están fuera del alconce de las aguas. Los perjudicados fueron, pues, los habitantes de los barrios bajos, rentistas, industriales, grandes y pequeños comercias.

ciantes, cierto número de propietarios de talleres y no la inmensa mayoría del pueblo obre-10, del que subsiste de su trabajo personal diario y que forma la clase más pobre y desprovista de recursos con qué hacer frente á un desastre. Esto no debe entenderse sin excepciones, como el Barrio del Hinojo, casi exclusivamente habitado por gente obrera y proletaria.

Esto explica por qué las pérdidas de intereses excedieron en tanto á las de vidas; explicapor qué la ciudad fué tan cruelmente herida en su riqueza, en sus capitales y en su comercio, pero explica también por qué las consecuencias de la catástrofe no se manifestaron en sus formas más crueles y despiadadas: la desnudez y el hambre.

El pueblo bajo debe necesariamente haber sufrido también, pero no de una manera directa.

Es cierto que debe haber habido paralización de ciertas industrias con la destrucción de los talleres, pero en cambio el desastre mismo fué una fuente de trabajo, y todos sabemos que para las obras de limpia, aseo, reconstrucción, etc., se pagaron desusados jornales, y faltaban brazos para ejecutarlos. Propiamente, pues, no hubo hambre en la ciudad, y la miseria no se manifestó bajo la forma de la mendicidad.

Los comestibles y ropa enviados de muchos

puntos del país, sólo en parte se repartieron, aun á gente pobre que no había sufrido, y el resto, no habiendo á quien darlo, se redujo á metálico, forma bajo la cual podía utilizarse. Los socorros urgentes é inmediatos de que antes hemos hablado consistieron, pues, en suministrar dinero á las víctimas, dinero que significaba herramientas para los obreros, un fondo con que principiar de nuevo para los comerciantes, ó con qué subsistir mientras era posible reanudar el trabajo; en una palabra, no una limosna de pan, sino la ministración de recursos para ganarlo, á todos aquellos á quienes el agua se los había arrebatado.

Esta obra meritoria y grande fué en Guanajuato cumplida en su mayor parte por la caridad particular y en parte también por las Juntas formadas por el Gobierno.

Las primeras fueron necesariamente más aptas para esta labor previa, por su acción rápida é intensa, que buscaba las necesidades donde las había y las remediaba sin moratoria alguna.

La Junta oficial de Señoras también distribuyó la suma que le asignó el Gobierno, pudiendo decirse lo mismo de la de Caballeros, pero al coadyuvar al noble fin, no opacaron la obra de la Caridad particular.

La acción aislada de muchos filántropos,

puede más por su rapidez y extensión para estos socorros urgentes, que una organización oficial por bien constituida que esté, siendo indudable que esta última será más apta cuando los socorros, sin tener el carácter de urgencia, deben ser meditados, pesados y medidos, labor complexa y ardua que desempeñó después la Junta Distribuidora de los auxilios definitivos.

Las Juntas oficiales se limitaron al principio á distribuir las sumas que les fueron asignadas y á dar la ropa de que disponían á los pobres de los respectivos barrios, pero la caridad particular, incansable, con recursos más grandes y frecuentemente renovados, hizo el resto, es decir, sostener la población indigente desde la catástrofe, hasta que pudo encontrar el equilibrio en la reanudación de sus trabajos ó en los socorros importantes de la Junta respectiva.

No es nuestro ánimo desconocer los beneficios de la caridad oficial.

No somos de los que ven en los Gobiernos providencias responsables, obligadas á tener su atención fija en la hoja del árbol que agita el menor soplo del viento. Sabemos que ciertas labores, por demasiado complexas deben delegarse en agentes numerosos y aptos.

Tampoco desconocemos estas cualidades en Entrega 12ª las personas electas para la distribución de los socorros previos, pero reconocemos también en lo que valen los nobles sentimientos y ardor infatigable para hacer el bien, desplegados por los particulares, que expontáneamente, muchos de ellos con sus propios recursos y sólo por altruismo, se dedicaron á remediar las necesidades urgentes en nuestra población á raíz de la catástrofe.



1a Señora del Moral Viuda de Jiménez.-Don Indalecio Noriega.-Otros Filántropos.-El Pan de la Prensa.

No queremos cerrar este capítulo sin rendir el debido homenaje á las personas que se hicieron acreedoras á gratitud eterna, por sus sentimientos compasivos, manifestados por hechos numerosos, en pró de las inumerables víctimas del 1º de Julio.

Al consignar aquí algunos nombres, verificamos un acto de justicia y de seguro nos hacemos intérpretes de la gratitud de muchos.

La Señora Antonia del Moral Viuda de Jiménez es una respetable dama bien conocida de la sociedad guanajuatense, por sus elevados sentimientos de caridad y altruismo.

Poseedora de abundantes recursos, en situa-

ción normal los emplea con mano pródiga en sostener casas de beneficencia, en ayudar familias pobres y en aliviar por todos los medios la situación de la inmensa pléyade de los que sufren.

Era natural que en la situación creada por la catástrofe, esos nobles sentimientos encontraran vasto campo en que desplegarse.

Efectivamente, como órgano de otras personas filantrópicas y de su propio peculio, con supremo tacto, con mucha discreción y delicadeza, repartió grandes sumas que fueron á los hogares á iluminar el porvenir, á secar el llanto y á llevar una bienhechora tranquilidad.

Son incontables los beneficios repartidos por esta dama, que ha logrado resolver el problema de cuál es el empleo más noble de la riqueza y se considera á sí misma como la administradora de los bienes que pertenecen á los que sufren.

Noble también fué la tarea del caballero español Don Indalecio Noriega, que tomó á su cargo el sustento de todo un barrio (el del Hinojo) y atendió á la conservación de muchos pobres seres que quizá sin él hubieran pasado por inumerables sufrimientos.

El Hinojo fué el único barrio habitado exclusivamente por obreros y gente de la última clase social; allí fué donde, por excepción, hubo indigencia extrema y hubo hambre. El Señor Noriega arriesgó su vida en los momentos de la catástrofe por salvar las vidas ajenas y después atendió al sostenimiento de todos los que necesitaban sus espontáneos auxilios. Llevó su bondad hasta hacer la limpia de varias calles por su cuenta exclusiva.

Con verdadera simpatía estampamos aquí su nombre, ese nombre que conservarán mucho tiempo con gratitud los habitantes del Hinojo.

Entre estos hechos recordamos también con enternecimiento la acción de un periódico humilde, el "Stentor," de Silao.

Durante mucho tiempo estuvo enviando diariamente á la redacción del "Barretero" sacos de pan, que eran repartidos entre los indigentes del Hinojo.

Tuvimos varias veces la oportunidad de asistir y de hacer estos repartos. Viejecitas temblorosas, niñitos pálidos, madres é hijos quizás de los que allí perecieron, ocurrían á recibir el humilde óbolo, hecho con verdadero cariño.

Los pobres conocían la hora del reparto y se

agrupaban esperándolo. Sabían también su orígen y lo llamaron el "Pan de la Prensa."

Pudiéramos citar aquí otros nombres, como el del infatigable Presbítero Ildefonso Portillo, Cura Párroco de esta ciudad, que en vasta escala y de un modo acertadísimo, ejerció la caridad en los días negros; el de los Señores Cumming, Villaseca, etc. etc., pero ya nos ocuparemos de ellos al hablar de la labor de las Juntas Públicas y Privadas de Caridad con el debido detenimiento.

Baste decir que esos nombres y otros muchos, quedaron grabados en los corazones de muchos guanajuatenses, con los indelebles caracteres del agradecimiento.

Pero no terminaremos estas líneas sin consagrar un recuerdo de cariñoso agradecimiento hacia un hombre que es la humildad personificada, y que por su gran caridad ejercida en los momentos más críticos para las víctimas, se atrajo las miradas de gratitud de todo el barrio de San Sebastián.

Nos referimos al virtuoso sacerdote Don Jorge López, capellán del templo de San Sebastián, de quien Guanajuato entero hace dignos y merecidos elogios.

Un periódico, que nada tiene de católico por cierto, se expresa de este verdadero apóstol de Jesucristo en los siguientes términos:

"Hay en esta población, como encargado del templo de San Sebastián, un sacerdote humilde, llamado Jorge López, que, como Cristo, no alterna sino con los pobres, y no recibe por lo tanto ni las dádivas ni los mimos de la aristocracia.

Ese sacerdote en la catástrofe del día primero, como era de esperarse de quien sabe que su ministerio es de abnegación y de sacrificio, y no de comodidades, prestó muchos servicios á los vecinos de aquel barrio, que casi desnudos alojó en el templo y en su humilde, humildísima casa particular. Allí permanecieron toda la noche, y allí les llevó alimentos que consiguió, aunque escasos, en donde pudo.

Ese sacerdote, decimos, en el momento del peligro andaba descalzo, y en calzoncillo y camisa, metiéndose al agua para salvar á quien de él necesitaba.

Con razón el Nazareno, el divino filósofo de Galilea, prohibió á los que quisieran deveras ser sus discípulos, que tuviesen riqueza, porque ésta siempre trae comodidades y apego á la tierra; y los ministros cristianos no han de tener sino virtudes, que son las joyas riquísimas del alma."